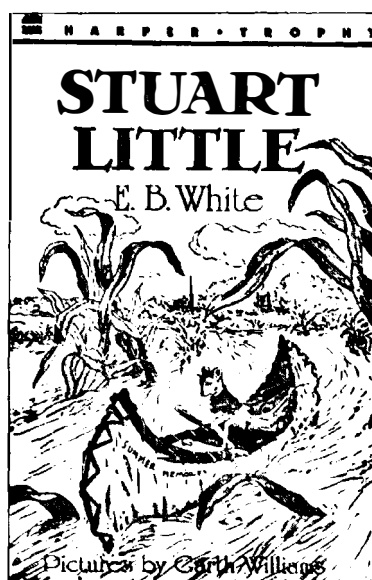


Stuart Little, o no se deje engañar por el cine

Antes de la invasión mediática del Stuart Little cinematográfico, nuestros lectores deben saber que la película se basa en un excelente libro que se tradujo en España a finales de los ochenta. Como nunca segundas partes fueron buenas –eso al menos dice el refrán– invitamos a nuestros lectores a leerlo para descubrir la buena literatura infantil.

Raphaëlle Rérolle (1)

El libro de E. B. White, contrariamente a la película que se inspira en él, no tiene nada que ver con una fábula moralista sobre la



aceptación de las diferencias. Esta deliciosa novelita, que forma parte de los clásicos norteamericanos de la literatura infantil, sería más bien una obra de arte de humor socarrón y de chifladura flemática, cualidades reconocámoslo, mucho más atractivas que los buenos sentimientos con que atiborramos habitualmente a los niños. El autor, muerto en 1985, gustaba por otra parte decir que nunca dejó de respetar la inteligencia de su público, fuera cual fuera su edad.

Nacido en julio de 1899 en Mount Vernon, en el estado de Nueva York, E. B. White había sido uno de los pilares de la dirección del célebre periódico mensual *The New Yorker* a quien daba crónicas llenas de chispa. Además de libros para niños, recopilaciones de artículos, poemas, ensayos destinados a los adultos, su bibliografía comprende una obra didáctica titulada *Elements of Style* de la que se vendieron millones de ejemplares. Comparable al *Bon usage* de Grévisse, pero más accesible, este manual fue obligatorio en colegios e institutos, donde conoció un éxito sin precedentes. La tronchante escena donde Stuart Little sustituye a la institutriz enferma (de cálculo renal, naturalmente) y decreta que ni la ortografía ni la escritura son materias por las que se merezca perder el tiempo en clase, es única. En 1978 E.B. White recibió el Premio Pulitzer por el conjunto de su obra.

Aparecida en Estados Unidos en 1945 *Stuart Little* es la jocosa historia de una pequeñita criatura intrépida, lanzada a un vasto mundo que atraviesa con una enérgica confianza. Un mundo bien normal, aparentemente. Todo parece estar perfectamente en su sitio en Nueva York, la gente espera el autobús en la esquina de la Quinta Avenida, los niños posan sus barcos en un estanque del Central Park y, en lo que respecta al East River se hace notar que se trataba de “un río más bien apestoso pero práctico, que bordea

Nueva York al este". Nada especial, salvo Stuart Little mismo, quien mide cinco centímetros y que, además, calza zapatos. Y va a llevar su vida como si no pasara nada en un barrio donde sus padres temen todo el tiempo perderle, ver cómo lo devora un gato o sufrir alusiones desagradables hacia los ratones en las cancioncillas infantiles.

El arte de E. B. White consiste en tratar a este sujeto sin efectos aparentes, como si la llegada de una pequeña criatura bastante parecida a un ratón en una familia de norteamericanos de clase media fuera una cosa, bueno, un poco sorprendente, pero nada más. "Cuando el hijo menor del Sr. y la Sra. Frederick C. Little nació, todo el mundo remarcó que apenas era más grande que un ratón. La verdad es que el bebé se parecía a un ratón como dos gotas de agua. Tenía cinco centímetros de altura, una puntiaguda nariz de ratón, una cola de ratón, bigotes de ratón y la actitud de un ratón, tímido y encantador". En la época de los monstruos del espacio y de naves intergalácticas, los autores de la película han juzgado esta situación de manera demasiado extravagante. Resultado: el pequeño Stuart de cine no es más que el hijo adoptivo de sus padres y el aspecto cómico de la historia recibe un golpe bajo desde el principio.

En el libro, por el contrario, Stuart Little es el hijo de la familia, tiene un hermano mayor, padres muy amorosos y nadie se da cuenta de esto. Mucho menos el héroe.

Para definirse, en una carta que envía a una jovencita a la que le gustaría conocer, Stuart Little emplea la siguiente seductora fórmula: "Soy una joven persona de proporciones modestas". De hecho, este individuo que cuida mucho su apariencia (lleva bastón y sombrero para salir desde su más tierna edad, y cambia de camisa tan a menudo como lo necesite según transpire) se comporta exactamente como si su pequeña talla no fuera en nada algo que le impida conquistar el mundo. Dirige barcos de juguete en un bello traje de marino, pilota un automóvil de motor confeccionado por un cirujano dentista apasionado por las maquetas, y corta con un hacha el tallo de un diente de león para beber su savia cuando está de acampada.

Claro, cuando su madre le encierra sin querer en la nevera, cuando el gato le enrolla en el estor del salón, cuando se encuen-



tra en una excavadora de basuras por haber querido escapar del perro, Stuart se da cuenta de su medida. Pero no es una razón para dejarse abatir. "No me he subido a este autobús para que me insulten" le lanza al controlador que se resiste a aceptar una pieza "más pequeña que un ojo de saltamontes" con la que pretende pagar su sitio. No solamente él no se apiada de su suerte sino que se vería bien como "presidente del mundo" ya que "el mundo se enreda en problemas porque no hay un presidente". Por lo demás, Stuart Little tiene algunas ideas sobre el tema. Si alguien le remarca que es demasiado pequeño para ese trabajo, replica con orgullo: "Pamplinas, la talla no tiene nada que ver con esto. Es el temperamento y la competencia lo que cuentan". Lo que podría servir de moral en la historia, si es que necesitáramos verdaderamente una: el mundo le puede pertenecer, incluso cuando usted no mida más de cinco centímetros. Y, además, con sus zapatos. ■

Nota

(1) Texto aparecido en *Le Monde des Poches*. Vendredi 5 mai 2000. Traducción de Ana Garralón.

Stuart Little de E.B. White
Traducción de Héctor Silva
Ilustraciones de Garth Williams
Madrid: Alfaguara, 1990